

Los daños políticos de la Inquisición

Enrique Mirét Magdalena

DESPUÉS de publicados dos recientes trabajos míos sobre la Inquisición, recibo este libro (1) sobre el famoso Tribunal del Santo Oficio en España. Se trata de un trabajo serio, que ha supuesto un paso más en la línea de lo que yo interpretaba respecto a la Inquisición castellana postmedieval, en mis artículos publicados en *Tiempo de Historia* hace pocos meses.

(1) *Inquisición española: poder político y control social*, por Bartolomé Benassar, 347 páginas, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1981.

Es preciso superar —como hace Benassar— las discusiones de temas accidentales sobre la Inquisición, para llegar a una valoración histórica objetiva de su realidad y de su esencia.

Lo primero es hacer un sereno trabajo histórico, olvidando las polémicas apologéticas por un lado; y, por otro, las descripciones barrocas de muchos de los críticos de épocas todavía recientes.

Benassar, en un libro bien escrito y de agradable lectura a pesar de su seriedad y erudición, nos transmite sus últimas reflexiones basadas en una lectura atenta de las principales obras sobre el tema, y en una cuidadosa investigación de equipo que es de primera mano. El libro no pretende decir novedades espectaculares, sino retomar la idea que el siglo XIX alumbró y que fue olvidada más tarde.

¿Cuál fue esta idea? El autor la resume en su *Introducción*: «el papel político de la Inquisición, prodigioso instrumento de control social al servicio del Estado monárquico». Y para ello se ayudó el Santo Oficio de «una presión psicológica tan fuerte, que arrastraba al pueblo cristiano a un complicado juego de confesiones y de denuncias sin paralelo en la historia».

¿HISTORIALES PSIQUIÁTRICOS?

Aporta el autor la sugerencia del investigador danés Henningssen, que es de gran interés porque no había sido suficientemente subrayada hasta ahora. Transcribo literalmente la cita que Benassar hace del historiador citado, para que se vea el acierto de sus palabras:

«Las actas de los procesos, según la naturaleza del delito, mas bien nos recuerdan a historiales médicos de una clínica psiquiátrica; a las notas de un psicólogo con sus pacientes; a los detallados análisis de un sexólogo sobre el comportamiento sexual análogo...; a los *case studies* del sociólogo sobre normas y valores sociales, como se reflejan en la charla cotidiana del pueblo en distintos niveles sociales; ... a la descripción de un historiador de la Iglesia de la vida de comunidades luteranas, calvinistas o hugonotes...»

El estudio de estas Actas es importante por eso, no sólo para sacar estadísticas sobre el número y clase de torturas o muertes, sino sobre los aspectos psicológicos y etnográficos de las víctimas.

El libro de Benassar da un buen pie para ello. No hay más que recorrer el índice para darse cuenta del filón folklórico que se puede explotar. Por sus páginas desfilan la «pedagogía del miedo», «la represión de las minorías», las «disciplinas del lenguaje y de la acción»; «el modelo sexual» (matrimonio, aberraciones sexuales, poligamia, fornicación, pecados «abominables», ...); «la devaluación del verbo femenino»; «de la ilusión a la locura»; «la desvalorización de la bruja», etc...

Así llegamos a comprender que el problema de la Inquisición española, establecida en todo el país desde poco antes del siglo XVI (cuando en Europa había ya desaparecido) es ante todo un problema político-social. Por eso encontramos, entre otras, dos cosas negativas en ella: una dominación césaro-papista de lo religioso, y una ausencia de tolerancia clerical en este campo; dominio religioso por un lado, y dominio clerical de lo civil por otro.

Cuando no estaban mezclados los dos poderes, cuando la Iglesia actuaba en España en su plano y los Reyes cumplían con su misión civil de fomentar la convivencia entre los habitantes de España, no se desarrolló la intolerancia que

hemos vivido entre nosotros desde el siglo XVI, por arte de los mal llamados Reyes Católicos, que eran bien poco cristianos al haber olvidado la comprensión evangélica, que debía haber sido el fundamento obligado de su gobierno.

La «limpia» que se hizo a partir de ellos, de los ciudadanos molestos tuvo dos vertientes: la de las minorías religiosas (judíos, moros y protestantes); y la de aquellos que por su estructura psico-social se integraban en esa «unidad» patria ficticia propugnada por nuestros reyes Isabel y Fernando. Yo he publicado hace bastantes años —en período franquista— algunos trabajos que intentan demostrar lo mismo que dice Benassar: «a lo largo de los siglos XI, XII y XIII existió una tolerancia mutua entre las tres principales comunidades españolas: cristiana, judía y mora».

Esta novedosa acción de «limpieza» social (la unidad patria se quería conseguir por la unidad religiosa), se estratificó en 4 tiempos según Benassar: 1) «desde los orígenes hasta los alrededores de 1525», época de lucha sobre todo contra los judaizantes; 2) «hacia 1525 se da un cambio profundo... toman el relevo los delitos de los cristianos viejos... hasta 1590»; 3) al cambiar de siglo la lucha contra el mahometismo y el judaísmo renacen, y llega este período de lucha antijudía «hasta 1720-1725», lucha que «ocupó el papel central de la escena»; 4) el siglo XVIII es la declinación clara de la Inquisición, que sólo se manifiesta por medio de coletazos eventuales.

La identificación entre Inquisición y lucha antiprottestante que han hecho muchos apologistas del catolicismo hispano, o incluso las posturas análogas del evangelismo, es equivocada porque «a partir de 1570 los autos de fe espectaculares contra los reformados se hacen poco frecuentes en España». Hay que señalar con franqueza —como hace Benassar— que «prácticamente no hubo protestantes españoles», puesto que «en diez años de Inquisición consiguió eliminar las bolsas aisladas que se habían creado».

La clase de delitos contra los que luchó la Inquisición se pueden resumir en los grupos siguientes que son curiosamente heterogéneos: 1) el judaísmo, el mahometismo, así como los protestantes; 2) los «delitos contra el Santo Oficio»; 3) las «palabras escandalosas»; 4) los brujos, que eran casi

únicamente «curanderos o echadores de cartas»; 5) los delitos sexuales: bigamia, violencia, bestialismo; y la solicitación por algún clérigo de sus confesandas, para realizar el acto sexual aprovechándose del secreto de la confesión, hecho que fue relativamente frecuente en aquellos tiempos.

En cambio desde 1597 los protestantes extranjeros (alemanes primero y poco después ingleses, holandeses y zelandeses) pudieron venir a comerciar en España; y luego fueron los soldados protestantes los afincados en España, sin grandes problemas porque «mediando un poco de discreción, nadie se ocupa de sus convicciones», según dice Benassar.

Inquisición española: poder político y control social

Bartolomé
Benassar



CRÍTICA
Grupos editoriales
Madrid

LOS CASTIGOS

Otro punto importante es el tema del número de castigos. Las cifras aportadas en el siglo XIX por el antiguo secretario del Santo Oficio, Juan Antonio Llorente, son a todas luces exageradas; y Benassar lo acepta claramente: «numerosos autores no han dudado en denunciar la falta de rigor en esas acrobacias estadísticas, con razón». Además los niveles de actividad punitiva son muy diferentes según los tiempos: los comienzos son con muchos los peores, después descienden mucho los castigos.

Los veredictos de muerte decrecen espectacularmente a partir de 1530; y quedan reducidas las penas más graves a la reconciliación, la confiscación de bienes y la prisión

perpetua, que normalmente se entiende reducida a pocos años. De este modo resulta «evidente que la Inquisición tortura menos que la justicia civil».

El gran problema del «secreto» es práctica usual en todo enjuiciamiento criminal realizado en la mayor parte de los países de Europa —salvo en Inglaterra—, como asegura M. Foucault en su excelente obra «Vigilar y castigar».

Todo lo cual lleva a pensar que este tribunal es antes que nada un tribunal de finalidad político-religiosa, que usa los métodos de todos los tribunales civiles de la época, aunque generalmente suavizados. El mimetismo con el mundo profano es evidente en la Inquisición, como le ha ocurrido a la institución Iglesia desde que se hizo poderosa y grande, después de Constantino: siempre imitó las estructuras de poder y coacción del mundo que le rodeaba. Y así cayó en las redes de su propia dialéctica humana grandiosa, olvidando su inspiración fundamental, que es la del Evangelio, con su comprensión concreta del hombre y el respeto a la convicción libre del ser humano.

De este modo no sólo se practicaba el daño físico y moral, sino que se conseguía también una influencia social a través del ejemplo negativo de la tortura, produciendo un fuerte temor en el pueblo. Por eso, en ocasiones, la Inquisición emprendía «escarmientos espectaculares», como el de Fray Luis de León, del Brocense, la caída del Ministro Macanaz en tiempos de Felipe V y la de Pablo de Olavide en 1776.

Todo ello era producto natural de esa implicación césaro-papista con el alto clero. Y este miedo, hábil y sistemáticamente utilizado por el poder reinante, perduró en el pueblo español bastantes años después de abolida la Inquisición; y desarrolló además un odio popular contra los no-cristianos, llegando hasta la «discriminación social y racial», como mecanismos de gobierno en el que se mezclaban los intereses de un Estado más o menos absolutista y de una Iglesia dominadora del pueblo.

LA ACCIÓN INTELLECTUAL

La acción represiva contra la inteligencia no fue tan grave como se ha dicho a veces. Yo lo he seña-

lado en mi trabajo publicado hace poco en *Tiempo de Historia*, y Benassar lo confirma. A pesar de ello hay que recordar que «la represión ejercida contra los cristianos nuevos tuvo una repercusión nefasta sobre el medio intelectual», como ocurrió sobre todo en los primeros tiempos.

Los *calificadores* de los libros que quieren publicarse eran «casi todos frailes provistos de títulos universitarios brillantes...: Mariana, Soto, Miguel de Molina, Melchor Cano, Carranza...». Y entre ellos dominan los más intelectuales: los dominicos. Lo trágico es que algunos de estos hombres de confianza de la Inquisición son luego víctimas de ella.

El más importante *Catálogo de libros prohibidos*, el de Quiroga, «es de una extremada flexibilidad» porque «nada está absolutamente prohibido»; y «salvo prescripción contraria, las obras prohibidas lo son solamente en lengua vulgar». Por eso, como el latín era conocido por cualquier persona medianamente culta, sólo se requería la licencia del Santo Oficio para leer un libro que estuviera claramente prohibido por ella. Y en su confección colaboraron además los intelectuales más prestigiosos del momento.

Cuando en 1747 se hace un *Índice* mucho menos serio, «el Rey autorizó la publicación de panfletos contra él». Y una tendencia tan progresista como fue la del *erasmismo*, siguió desarrollándose fuertemente durante todo el siglo xvi.

Lo que ocurrió es que no sólo la Inquisición fue más o menos culpable de frenar la cultura, sino también el Estado. Además los lamentables casos eclesiásticos de Fray Luis de León, del fraile jerónimo P. Sigüenza, del jesuita Mariana y otros bien conocidos, más obedecen a rencillas personales o de grupo clerical, que a motivos intelectuales.

De este modo el misterio que supone el desarrollo cultural que fructificó en el Siglo de Oro a pesar de la Inquisición, tiene una explicación que parece clara: porque lo que se desarrolló no fue toda la cultura y todo el pensamiento, sino más bien aquello que estaba en el nivel de lo estético. Desde la segunda mitad del siglo xvi los cristianos viejos empiezan también a ser perseguidos, y con ello decrece lamentablemente la producción de pensamiento, para desarrollarse

principalmente la de orden artístico y literario. Por eso España, «tan notablemente situada en la Edad Media gracias a sus contactos con el Oriente musulmán, estuvo ausente o casi del gran momento científico y filosófico del siglo xvii, igual que iba a estar casi ausente de las «aplicaciones» del siglo xviii».

Todo ello fue creando un temor intelectual, más o menos fuerte, como lo evidencia Santa Teresa cuando relata lo que le dicen: que «Atravesábamos tiempos difíciles». Pero ella, con inteligente serenidad, aunque quizá también con un poco de inconsciencia optimista, comenta en una ocasión: «estas palabras me divirtieron y simplemente me hicieron reír». La situación era fuerte, pero no tan dura como hemos creído tiempo atrás, según afirma Benassar. Lo que hay que achacar a la Inquisición es siempre lo mismo: es más un intolerante tribunal al modo humano de la época, que una institución inspirada en la tolerancia y la libertad evangélicas.

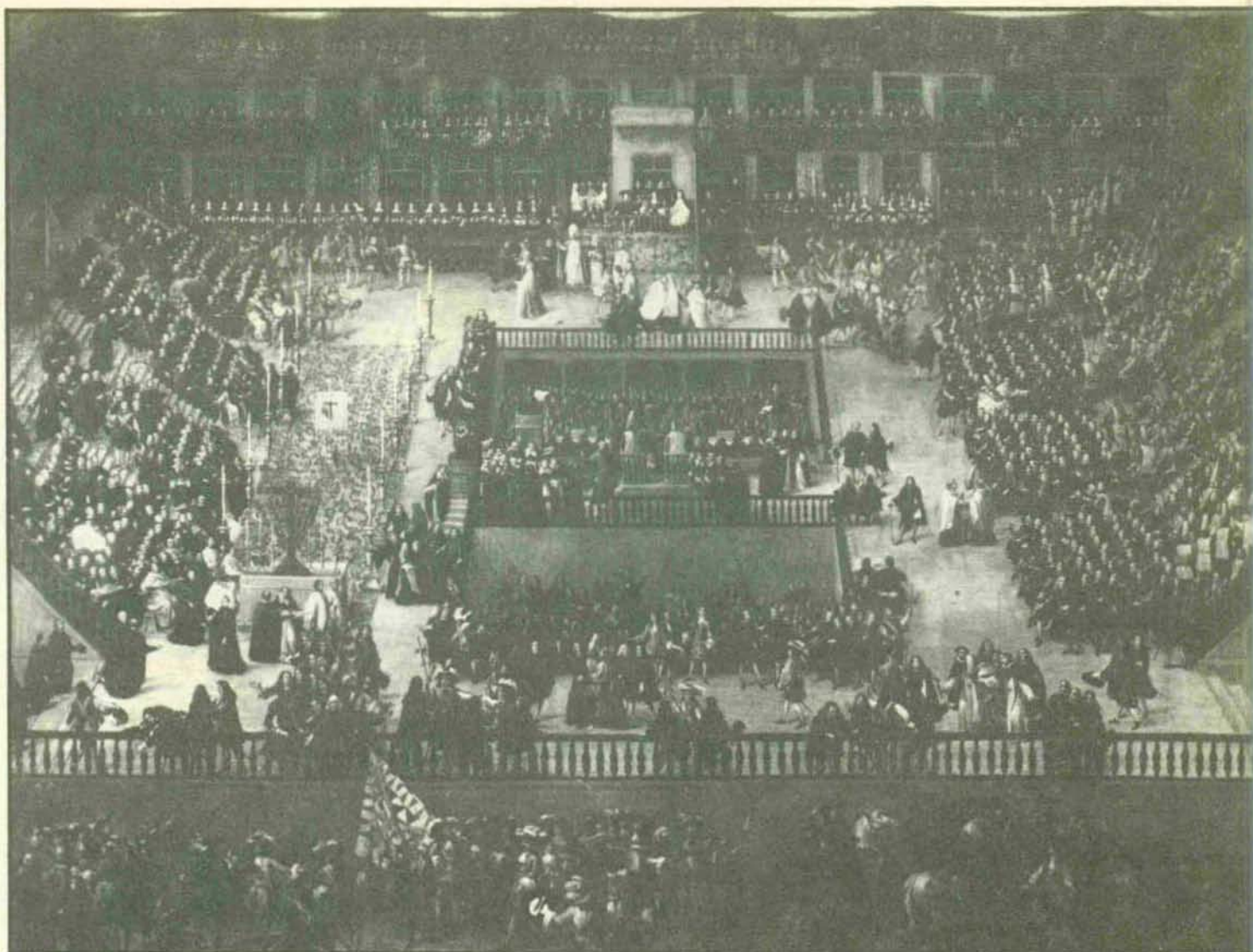
CONSECUENCIAS DIVERSAS

Lo negativo de la Inquisición en el plano intelectual, más tarde incidirá también en lo espiritual cuando descende el alto nivel cultural que habíamos alcanzado en el siglo xvi, como resultado de la tolerancia española medieval, y por eso aún no había sido seriamente ahogada la filosofía y la ciencia por el contubernio Iglesia-Estado de tan nefastas consecuencias, a pesar de la suavización que existió según Benassar. Entre los elementos negativos de la Inquisición también hay que destacar que «la comunidad judaizante desapareció al precio de un desastre económico provocado por la disolución de los gremios», amén de privarse de las cualidades comerciales y financieras de los judíos. Dos aspectos negativos de esta lucha contra una raza que había aportado económicamente muchas ventajas al país. La Inquisición favoreció también una postura anti-económica fomentando la evasión de los problemas temporales y produciéndose entonces ciertas corrientes espirituales platonizantes, que despreciaban lo material, a diferencia de la labor positiva realizada por nuestros teólogos del si-

glo xvi, como Domingo de Soto y otros profesores dominicos de Salamanca, que supieron ver el valor de lo económico en la construcción de la nueva sociedad que asomaba en todo el mundo europeo. Pero pudo más la cerrazón «espiritualista» que el modo realista que se desprendía de la Biblia, con su mentalidad siempre a pie de tierra. Los países protestantes, en cambio, se desarrollaron más al vivir estos valores terrenos de carácter económico, ya que en la Biblia — que era su cotidiana lectura — encontraba apoyo su interés por ellos, mientras en España dejábamos de alimentarnos en estas fuentes (al estar prohibida la lectura de la Biblia en lengua vulgar), y nos evadíamos al séptimo cielo de las elucubraciones místicas platonizantes, que nos desprendían de los valores humanos concretos. La vida, como señalaba Santa Teresa, era para nuestros místicos «una mala noche en una mala posada», y no merecía la pena desarrollar sus riquezas naturales.

Sobre los protestantes extranjeros se difundió también una falsa idea, que todavía perduraba hasta hace pocos años entre nosotros. Léase si no, aquel famoso *Catecismo sobre el Protestantismo* del jesuita italiano Padre Perrone, traducido y adaptado al castellano en 1953 en España, en el que se vierten los más increíbles juicios contra la moralidad de los protestantes, que parece reproducir las frases que corrían entre nuestro pueblo en el siglo xvi.

Con la *cuestión sexual* también se metió la Inquisición. Pero no siempre se había inmiscuido en ella. Ahora, en algunas épocas y regiones, atacó y persiguió la poligamia, que en la Edad Media la Iglesia no había perseguido cruentamente. También combatió a los bigamos y homosexuales. Y no dejó en paz a los muchos españoles del pueblo llano que defendieron, tanto en conversaciones corrientes como en la práctica, que la «simple fornicación» no era pecado mortal, cosa que la Iglesia medieval no había directamente controlado. Combatió y persiguió también a los que querían justificar la frecuentación de las prostitutas; porque era entonces corriente pensar entre la gente del pueblo que esto «no es pecado, pagándosele su trabajo»; que todo lo más podría ser pecado venial, «que se quita con un poco de agua bendita». Este es un aspecto de las cos-



Auto de Fe en la Plaza Mayor de Madrid, presidido por Carlos II en 30 de junio de 1680.

tumbres de nuestro pueblo «católico», que un día merecería un estudio histórico más detallado, para conocer mejor el folklore religioso español; incluso la postura tradicional de los teólogos pastoralistas —mal interpretada por el pueblo— pudo dar lugar a ello, pues en algunos aspectos no fue tan rígida como algunas veces se dice. Las interpretaciones rigoristas del siglo XIX eran una novedad pastoral, y muy particularmente la postura de S. Antonio María Claret sobre todo lo relacionado con el sexo, resumida en el Devocionario popular llamado *Camino Recto y Seguro para llegar al Cielo*, que tuvo 169 ediciones desde 1859 hasta 1938.

Estos teólogos tradicionales solían justificar la existencia de las «casas de tolerancia», siguiendo la idea socialmente tolerante de S. Agustín, aunque estuviera éste en contra de la práctica personal de la prostitución. Todo ello es ne-

cesario estudiarlo objetivamente, para conocer mejor este significativo aspecto de nuestro folklore «católico» y de sus fuentes más o menos bien interpretadas por el pueblo sencillo.

Otra consecuencia final se desprende también: el frecuente ajuste tan estrecho entre la Inquisición y los objetivos de la política real. Sólo cuando llegó la época de la *Ilustración*, que pretendía dejar a la Iglesia puesta en su lugar, superando la confusión Iglesia-Estado, algunos ministros españoles pretendieron suprimir la Inquisición como el conde de Aranda y Campomanes. Macanaz, en cambio, luchó contra la Inquisición, sólo porque se había convertido últimamente «en un Estado dentro de un Estado»; y no la quería tan independiente, sino que obedeciera al mismo tiempo «a Dios y al rey».

Hemos de recordar otra vez, para eliminar errores de perspectiva, que «la presencia real de los pro-

testantes —en el país— importa poco», pues no son numerosos ni influyentes. Lo que importa «es el mito» contra ellos, que es un «formidable instrumento de integración política y social», según Benassar dice con razón.

Los males políticos que hemos padecido en España en los siglos XIX y XX derivan del lastre que nos dejó esta labor de la Inquisición que, más que directamente religiosa fue político-religiosa, olvidándose de la esencia misma de la libertad evangélica y de los derechos de la conciencia que en el Nuevo Testamento son «leitmotiv» constantes. Los demás hechos, hoy mejor averiguados y puestos en su punto (como son los que tratan las muertes no fueron tantas) no es lo más decisivo de la Inquisición, porque es más una anécdota dentro de la realidad social que representa, y que Benassar ha contribuido excelentemente a poner de relieve. ■ E. M. M.